

CONSERVAR Y RESTAURAR DOCUMENTOS, UNA NOBLE MISIÓN ENTREVISTA CON BEATRIZ GONZÁLEZ BEDOLLA

Elvia Alaniz Ontiveros*
Marco Antonio Silva Martínez**

*No he estado en los archivos ni en las papelerías
y se me archiva en copias y no en originales.
No he estado en los mercados grandes de la palabra,
pero he dicho lo mío a tiempo y sonriente.*

“Resumen de noticias”/Silvio Rodríguez

Al ingresar en el Archivo, Beatriz no imaginó que su habilidad con las manos le permitiría restaurar a lo largo de casi tres décadas cientos de documentos antiguos, rotos, amarillentos, que contenían imágenes y textos incomprensibles y emanaban un olor, el cual no dejaba lugar a dudas: eran papeles que formaban parte de la historia.

Beatriz González Bedolla nació en Nocupétaro, Michoacán. Es la sexta de los siete hijos que procrearon Emelia Bedolla Betancourt y Eliseo González Rodríguez: cuatro mujeres y tres hombres. A la edad de siete años, cuando su padre murió, ella, sus seis hermanos y su madre se trasladaron al Distrito Federal animados por sus tíos paternos, quienes ya estaban establecidos en Azcapotzalco; “vivíamos en la calle Jardín, jamás lo he olvidado”.

En Nocupétaro se levantaba a las seis de la mañana y ayudaba en los quehaceres domésticos antes de irse a la escuela, “regaba las plantas, barría con escoba de popote porque el piso era de tierra”. Le gustaban las matemáticas y se le facilitaban las actividades manuales, “tal vez porque mi mamá me enseñaba a bordar por las tardes”.

* Departamento de Publicaciones del AGN.

** Jefe del Departamento de Publicaciones del AGN.



Bety en la Biblioteca “Ignacio Cubas”

Pocos meses permanecieron en la casa de sus familiares, pues su madre consiguió un trabajo. Se mudaron a la colonia 20 de noviembre y Bety quedó inscrita en la escuela primaria 7 de julio. Al concluir la educación secundaria no hubo recursos económicos suficientes para continuar estudiando, por lo que debió ayudar con los gastos de la casa; trabajó en un puesto de jugos, ubicado en el corazón de Tepito. “Me daba miedo ver a los borrachitos y los indigentes; se parecían a los que salían en las películas de Pedro Infante”. Al percibir su miedo, una de sus hermanas le dijo que no se preocupara, pues ellos eran muy amables. “Al principio no me sentía cómoda, luego ya se acostumbra uno”.

Trabajó como despachadora en la panadería El Molino. Se casó a los 20 años y se ocupó de su hogar hasta que su primer hijo cumplió cinco años. Entonces entró a trabajar durante un año en los laboratorios Organón como auxiliar de laboratorio; posteriormente con el mismo puesto ingresó a los laboratorios La Campana, donde permaneció tres años, y después laboró un año para Johnson & Johnson en el área de control de calidad.

En la ruta del AGN

Su deseo por aprender y la emoción de trabajar en un recinto que sólo conocía por fuera —cuando se dirigía a sus anteriores empleos—, la impulsaron a presentarse en el Archivo para una entrevista de trabajo. “¿Tienes experiencia en restauración?”, le preguntaron, y aunque su respuesta fue negativa demostró su destreza con la manipulación de objetos. Con movimientos rápidos, sus dedos le ayudan a recordar aquel episodio.

Fue aceptada y se presentó el 31 de octubre de 1984 en el Departamento de Conservación y Restauración (DCR), dirigido entonces por Enriqueta Vargas, cuyo equipo de trabajo estaba integrado, entre otras personas, por Ernesto Erazo, Antonio Canela, Andrea Torre, Virginia Elena Correa, Gerónimo Cruz Flores, Bernardino González, Gerardo Esparza y Claudia Hernández.

Su primera encomienda fue restaurar cada hoja de un libro del cual ha olvidado su nombre, pero que formaba parte del fondo *Tierras*; “aquí tienes tu mesa, tu silla y este libro, vas a restaurar todas las orillas que estén rotas”. Su compañera Claudia fue su primera maestra; le dio una plegadera, bisturí, papel japonés y le explicó cómo hacerlo. “Me dijo que el pegamento se llamaba carboximetilcelulosa —que ahora casi no se usa—, tenía que hacer unas tiras delgadas de papel y pegarlas a las roturas del libro. Al final de la jornada fue a revisármelo. Ese mismo día terminé las 400 páginas que me habían encomendado. Estaba acostumbrada a la rapidez, pues en los laboratorios en los que trabajaba antes, la velocidad era primordial”.

Al día siguiente recibió otro libro, acompañado esta vez de un elogio y un consejo: “tu libro quedó perfecto pero llévatela tranquila”. El comentario le llamó la atención; sin embargo, le gustaba su nuevo oficio y, pese a una remuneración que lejos estaba de entusiasmarla tenía un empleo por honorarios y estaba muy cerca de su casa. “En los laboratorios tenía seguro social, comedor, un trabajo de planta y aquí, pues no tenía nada de eso. Tampoco incentivos”. En realidad, agrega, fue el transporte y no contar con un horario fijo lo que la animó a quedarse en el AGN.

“La primera vez que entré al Archivo me impuso mucho. Entonces estaba más austero, no tan arreglado como ahora, aun así, me impactó; pensé que así podría haber estado la penitenciaría, aunque tampoco la conocí por dentro”.

Bety quería corroborar lo que había visto en las películas sobre el ex Palacio Negro, principalmente en la cinta *Nosotros los pobres*, “yo quería ver dónde se habían grabado las escenas de presidio en Lecumberri; saber cómo era el lugar donde permanecían los presos. No recuerdo si en la Galería 3 o la 5, todavía estaba un baño y la cama de piedra donde se dormían los internos. Era un lugar tan chico que yo pensaba ‘tanta gente para un lugar tan pequeño’”.

Sus compañeros le dieron un recorrido por el edificio; “aún no se contaba con personal de visitas guiadas. Sí impone el Archivo cuando eres nuevo. Me perdía a menudo, salía por una puerta que no era, no podía preguntar porque nadie había en los pasillos, salía por una puerta y nadie, salía por otra, tampoco. No había tanto personal trabajando afuera como ahora. Estábamos concentrados en las galerías: describiendo o catalogando. Los primeros días siempre me perdía”.

Durante esos primeros días en el AGN, un documento del fondo *Inquisición* despertó su curiosidad. “Estaba restaurándolo y vi que tenía dibujos de muñecas –como las que venden en la vía pública en la actualidad: hechas de trapo y listones– me resultó muy interesante, pero al tratar de leerlo no entendía nada. A María Teresa Pachó le pedí que me ayudara a saber lo que decía, porque era una paleografía muy entrelazada, difícil de leer. Trataba sobre cómo esas personas hacían el amor. Luego ya no nos dejaron leer los libros porque, como nos interesábamos demasiado, y como era de esperarse, la producción bajó”.

Restauración y encuadernación

“La cola de caballo era lo que se utilizaba como pegamento para encuadernar cuando yo ingresé al AGN. Recuerdo que la diluían en un bote, la ponían a calentar y cuando quedaba transparente ya podía usarse. Con este proceso, a través del tiempo la parte encuadernada se cristalizaba por lo que no resultaba conveniente su utilización”.

A los 11 meses de haberse integrado al DCR del Archivo, el sismo del 19 de septiembre de 1985 la sorprendió en su casa, pues su horario de trabajo había sido regularmente de 8:00 a 15:00 horas. La réplica del día 20 sí la vivió en el AGN. “Nos sacaron al jardín, porque aquí no pasó nada. Tras el

sismo, nos dijeron que nos fuéramos a nuestras casas”. Luego se enteraría que uno de los compañeros del AGN, Roberto Villaseñor Acevedo –un historiador que trabajaba en la Galería 4, escribía artículos para el *Boletín del AGN* y quien estaba próximo a jubilarse– murió en esa catástrofe. Vivía con su esposa en el edificio Nuevo León en Tlatelolco.

Leonor Ortiz Monasterio, la entonces directora del AGN “era muy atenta y humana, ante cualquier eventualidad, en este caso el sismo, nos reunía y hacía un recuento. Ella siempre pasaba lista. A principios de año acostumbraba hacerlo. Estaba interesada en el personal. Cuando empezó el traslado de la Galería 3 a la 5 se puso una bata azul y empezó a cargar cajas como todos”.

Durante dos años Bety trabajó por honorarios en un lugar que le era grato y con una labor que, además de emocionarla, la entusiasmaba por todo lo que aprendía diariamente, “hasta que me desesperé. Me decían mis compañeros que me esperara que ya iban a dar la basificación. Pero no”. A finales de febrero de 1986 habló con Doris Perlotte, funcionaria del AGN. Ella le enseñó una lista donde Bety pudo ver su nombre junto con los de otras nueve personas a quienes se les otorgaría una plaza de base por gestión del sindicato. A partir del 1 de marzo de 1986 le dieron el nivel 1 de 27, éste era el nivel más bajo en el escalafón. “Y ya tuve prestaciones, como días económicos e ISSSTE”.

Después del terremoto, donde ahora está la Galería 8 –sin construir en esa época– se montaron tendedores para secar al aire libre los documentos dañados; también se usaron secadoras de cabello. “Muchos estaban con lodo y hongos. Luego, donde actualmente se encuentra el Centro de Referencias se adecuó el espacio para fumigar. Se sellaron las hendiduras, porque después de secar si no se fumiga vienen muchos hongos; si quedan esporas, éstas proliferan. Se metieron cerros y cerros de documentos para hacer una fumigación masiva”.

Capacitación especializada

Si a inicios de los ochenta, el personal del DCR tuvo oportunidad de asistir a los seminarios de conservación de documentos, libros y documentos gráficos, organizados por el AGN la Dirección General de Archivo, Biblioteca

y Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM y el Instituto de Estudios y Documentos Históricos A. C., a mediados de esa misma década, los cursos y talleres impartidos en el AGN permitieron a Bety reforzar lo que a diario realizaba en el DCR. Durante todo el año de 1986, dos especialistas cubanos acudieron al AGN a capacitar al personal. Los trabajadores destinaban el día al aprendizaje y la aplicación de sus conocimientos adquiridos. Aprendieron a utilizar la máquina restauradora. “En esa máquina colocábamos una pulpa de papel. Tenía un bastidor donde se metían cuatro hojas húmedas y por medio de botones se hacía que el agua subiera; luego la máquina la absorbía hacia abajo y toda la pulpa del papel se queda en los orificios. Con la ayuda de un rodillo y con papel secante se extraía de la máquina el exceso de agua; después se aplicaba a la pulpa un encolante y se metía a la prensa. Al siguiente día se sacaba lo que se había hecho el día anterior, se cortaban las hojas una por una para formar los cuadernillos. Una vez preparados todos los cuadernillos del libro se pasaban al encuadernador”.

Los especialistas cubanos también les enseñaron a utilizar la máquina restauradora y a restaurar a mano, con el bisturí, el pincel de pelo de marta y pelo de camello. “Con ellos aprendimos mucho”. Dos años después el equipo del DCR participó en unos talleres que en el AGN coordinaron dos restauradores españoles, quienes les enseñaron a hacer sobres de papel y guardas. “Y yo, ávida por aprender, pensaba: de aquí soy, aprovecho. Aprendí bastantes cosas. Después vino un haitiano a aprender de nosotros”. Recuerda con emoción que una de sus compañeras, Norma Hernández viajó Guatemala para intercambiar experiencias con sus colegas de aquel país. A su regreso, compartió sus nuevos conocimientos con sus compañeros del Archivo.

En la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía (ENCRYM) “Manuel del Castillo Negrete”, Bety tomó dos cursos más sobre restauración. Era la época en que Antonio Canela, compañero del DCR, invitado a menudo a formar parte de proyectos de restauración en otros espacios; es decir, lo contrataban para realizar trabajos que no tenían vinculación con el AGN; por ejemplo, en una iglesia de San Miguel de Nepantla, en Amecameca, Estado de México, le pidieron restaurar el acta bautismal de Juana de Asbaje en la parroquia de Vicente Ferrer, en Chimalhuacán, a cuya jurisdicción pertenecía Nepantla, Estado de México.



Antonio Canela en el DCR

González Bedolla y tres personas más, supervisadas por la ENCRYM participaron en el proceso de rescate. “Canela nos contrató a mí y a dos encuadernadores. Nos íbamos sábados y domingos, porque entre semana trabajábamos en el Archivo. En ese proyecto limpiábamos los sobres en los que se encontraba la documentación. Además de limpiarlos, se reforzaban con papel japonés y los que estaban rotos se restauraban”. El trabajo se realizó en la iglesia bajo la supervisión del párroco y una comisión del pueblo, quienes vigilaban que nadie se llevara algún documento.

También acudieron a los archivos parroquiales de La Santa Veracruz y Santa Catarina frente a La Alameda para limpiar y restaurar la documentación. Además, recuerda el trabajo que hicieron en un sótano en una casona de la colonia Roma, donde se encontraba la biblioteca perteneciente a un cineasta. Su trabajo consistió en limpiar todos los libros. Con la ayuda de una brocha quitaron hoja por hoja el polvo contenido en cada uno de los ejemplares que se encontraban en aquel lugar.

Beatriz, como la mayoría de sus compañeros, se formó en el AGN teniéndolos a ellos como maestros. A lo largo de los 27 años que formó parte del DCR tuvo como jefes a Enriqueta Vargas Saldaña e Ignacio Delfín Márquez, a quienes recuerda con admiración; Ernesto Erazo, Patricia



Bety en plena faena

Sánchez, Mariana Grediaga (quien estuvo temporalmente como encargada) y Paola D’Rugama.

En la época que Enriqueta Vargas estaba al frente del DCR, dice Bety, se contaba con suficientes insumos para trabajar; sin embargo, había ciertos vicios, “se trabajaba a un ritmo relajado. No había interés por hacer una producción grande”. Cuando Vargas se fue llegó Ignacio Delfín Márquez, procedente del entonces Centro de Estudios sobre la Universidad y la Educación de la UNAM; entonces, el aprendizaje fue

mayor, pues “además de una excelente persona, él era un gran líder. Logró crear un excelente equipo de trabajo. Ahí aprendimos todos a hacer de todo además de bien y más rápido”. Recuerda que él inventó unas máquinas “del tipo de la española, a la que le hizo adaptaciones en el Archivo. Él era ingeniero, lo cual explica su genio inventivo”.

En los noventa, Delfín Márquez dejó el AGN y Ernesto Erazo ascendió a jefe del DCR. Bety considera que cualquier integrante de ese equipo hubiera podido desempeñarse en tal puesto, ya que contaban con la capacidad y habilidades necesarias. Sin embargo, “las relaciones hacen la diferencia. Es lo que da impulso a unos sobre otros”. Erazo permaneció dos sexenios en el cargo: durante los gobiernos de Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo Ponce de León, respectivamente. “Nosotros lo vivimos como una lucha de poder. Decíamos ‘el cómo era antes y ahora sí exige’. Algo que sí es indiscutible es que durante su mandato la producción aumentó. Por ejemplo, yo restauraba un libro de 430 hojas en un mes, y con Erazo hice hasta 600, aproximadamente 30 hojas al día”.

Patricia Sánchez, quien sustituyó a Erazo, llegó procedente de la ENCRYM. “A nosotros nos pareció bien porque queríamos a alguien que viniera de fuera y que supiera. Sentíamos que ya nos hacían falta nuevas formas de trabajar. Queríamos alguien que nos refrescara. Sentíamos que ya nos habíamos

estancado. Ya las capacitaciones no existían. Lo único que teníamos eran los prestadores de servicio social de la ENCRyM; fue algo que sí nos ayudó porque nos enseñaban lo que aprendían en las aulas y nosotros lo que hacíamos aquí en el AGN todos los días”.

La forma de trabajar entre los integrantes del DCR y las estudiantes de la ENCRyM se contraponía, pues “ellas se tardaban demasiado. Primero hacían exámenes al microscopio y una serie de pruebas antes de proceder a la restauración. En cambio, nosotros hacíamos una ficha clínica de cómo entraba el documento, qué se le iba a hacer y cómo salía. Se anotaban las medidas de ancho y alto, el título del libro, con qué se iba a restaurar, etcétera”.

Durante tres décadas, Beatriz González ha sido testigo de la evolución del AGN. Sobre los cambios tanto en el inmueble como en el personal señala “han sido para bien del edificio. Hay gente nueva, nuevas generaciones más capaces. Por ejemplo, mis estudios eran de secundaria. Varios de mis compañeros terminaron, cuando ya trabajan aquí, su primaria porque la Segob pedía que se permitiera ir a clases a quienes tenían trancos sus estudios. Ahora vienen con licenciatura o posgrado.”

El equipo del DCR estaba de acuerdo en capacitar a otras personas para que pudiera darse la sustitución necesaria cuando alguno de los integrantes renunciara o se jubilara. A mediados de los noventa desaparecieron el Departamento de Vigilancia y el área de Intendencia en el AGN. Algunos trabajadores salieron por retiro voluntario y los demás fueron transferidos a otros espacios. Así llegaron al DCR Lucía Montiel, Ricardo Olmedo y Rodolfo Mejía.

“Nos pareció poco—indica la entrevistada—pues el trabajo de restauración era abundante. Luego decidieron que quienes ingresaran debían cumplir con cierto perfil”. Sin embargo, no todos los que han tenido oportunidad de ingresar a la institución quieren empezar con un sueldo bajo. “pero otros sí han aceptado”. Algunos de los ex compañeros de Bety ya cumplieron o están por cumplir tres décadas de trabajo y están a punto de jubilarse. Considera que a partir de la llegada al DCR de jefes cada vez más preparados “hubo muchos cambios. Lo que nosotros sabíamos dejó de hacerse, porque se implementaron nuevas técnicas de trabajo”.

Beatriz y sus compañeros pensaban los meses del año de acuerdo con el tipo de investigadores que acudían a consulta en la Galería 4. Con ellos nunca hubo ninguna cercanía, excepto el trato que se establece cuando por cortesía se desea un buen día. “En verano decíamos: ‘ya van a llegar los holandeses’. Eran el alto, el de barba, pero no sabíamos sus nombres. Siento que ahora ya no es así, que ha disminuido la afluencia. Tal vez porque ahora ya puede consultarse desde una computadora, no se necesita estar aquí”.

Entre planos y mapas

Un proyecto importante en el cual participó fue la restauración de materiales de la Mapoteca, que se había creado casi de manera simultánea al DCR en 1977; ya instalado el AGN en Lecumberri la Mapoteca se ubicó primero en la Galería 7 y posteriormente en el sitio que actualmente ocupa junto al Centro de Referencias. Por razones de conservación algunos de los mapas, planos y dibujos, que originalmente se encontraban en diversos expedientes, fueron separados de éstos e incorporados a la Mapoteca. Muchos de ellos se sometieron a un proceso de restauración. Bety describe su trabajo al respecto. “Una hoja puede tener roturas en las orillas, o bien, en la parte interna presentar faltantes, pero generalmente no tan grandes como en el caso de un mapa. A veces teníamos la encomienda de restaurar planos quebradizos y donde estaban los dobleces había que poner papel japonés si es que todavía se podía rescatar. De lo contrario se hace una laminación completa, que consiste en poner colante sobre varias piezas de papel japonés y luego, encima, el mapa. No es tan fácil porque se hace entre cuatro personas. Mientras una persona lo va sentando, otro con un rodillo va quitando las arrugas o bien, las burbujas de aire. Todo se hace a mano. Es una técnica que requiere paciencia. Para un mapa de seis metros se destinaban la misma cantidad de personas”.

Una bata blanca siempre la ha acompañado en el desempeño de sus actividades. Primero, cuando trabajaba en los laboratorios de La Campana. Luego, en el DCR y en la Biblioteca del Archivo. Su renuencia a la encuadernación se la explica a partir de que el proceso requiere la manipulación de pegamento; la imagen de unas manos sucias la remiten al riesgo de dañar los documentos recién encuadernados; “es una actividad

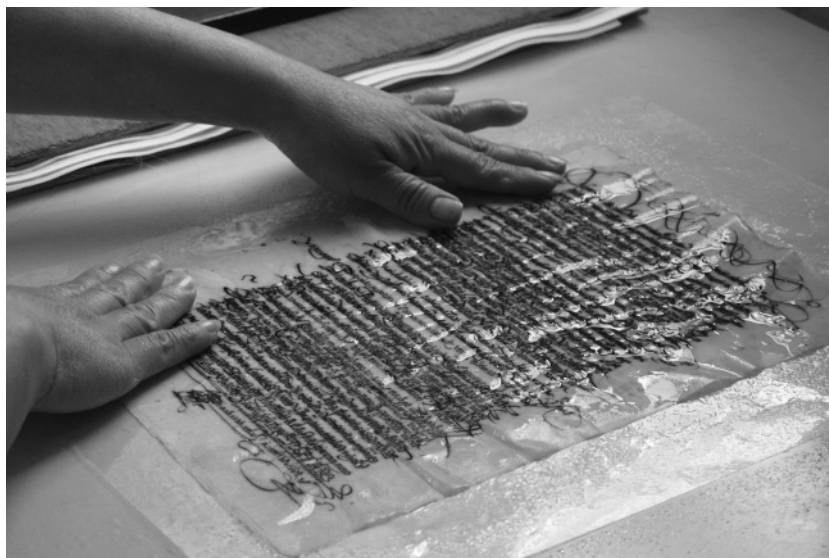
muy sucia, como todo se hace con pegamento y en frío las manos, aparte de que se maltratan, siento que se ven sucias todo el tiempo”.

A partir de 2012, Bety trabaja en la Biblioteca “Ignacio Cubas”. Su nuevo jefe, Enrique González, le pidió que le presentara un proyecto de restauración para el acervo bibliohemerográfico. Ella encontró un recinto vulnerable al polvo y con una cantidad considerable de ejemplares a restaurar. Por fortuna no había hongos. No obstante, la primera tarea fue aspirar los ejemplares y luego retirarles el polvo sobrante con una brocha pequeña. Durante este proceso de limpieza, Bety suele ver los libros que despiertan su interés. “He revisado –no a fondo– libros del arquitecto que hizo este edificio. Esta es una biblioteca muy interesante”.

En el DCR participaba en una charla generalmente grupal, “extraño eso, aun cuando cada plática se hiciera a gritos”; ahora se habituó a un trabajo silencioso y en ocasiones solitario. En el Fondo Bibliográfico Carlos Lazo Barreiro –el cual se encuentra en la fase de catalogación– realiza una limpieza y restaura aquellos libros que se encuentran en mal estado.



Bety en labor de aspirado



En el proceso de restauración

Además de haber formado parte del DCR, y ahora, de la biblioteca, Bety colaboró durante tres años en el equipo de Acción femenil en el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Secretaría de Gobernación. Ahí, sus tareas consistían en coordinar la entrega de pases para las diversas actividades que se organizaban para los empleados del AGN y sus hijos. Por ejemplo, las jornadas infantiles.

En el DCR aprendió que la restauración y la encuadernación son actividades complementarias. Todos los integrantes del equipo hacían de todo. “A mí nunca me llamó la atención la encuadernación. Qué ironía, lo que estoy haciendo ahora es encuadernar”.

Jubilación y proyectos

“Ya trabajé muchos años. Ahora merezco irme de viaje. Por ejemplo, en diciembre pasado me fui a Cancún. Ahora me quiero ir a Europa, a España en particular. Por ahora como está la situación no lo veo conveniente. Además, mi esposo también se va a jubilar. Nos dedicaremos por completo a mi hijo menor que está en la secundaria”.

Con una sonrisa Bety dice que en el fondo no se quiere ir del AGN. “Pero pienso que es tiempo de que vengan otras generaciones y que también se enamoren del Archivo, porque la gente que lo conoce sí se encariña. Yo cuando entré decía, “ya va a ser viernes y cuando llegaba, les preguntaba a mis compañeros ¿qué sienten de que regresemos hasta el lunes? El domingo por la tarde pensaba “ya mañana es lunes” porque quería venir. Cómo cambian las cosas, ahora lo que queremos es irnos. Andamos preguntando ¿cuándo es viernes? Me gusta ser responsable de mi trabajo, de mi casa y quiero que todo funcione bien”.

Sabe que montar un taller de restauración sería un trabajo bien remunerado, pero también que para eso se necesita una inversión fuerte. “Si hubiera pensado en hacerlo lo habría hecho en la época en que mejor estaban las condiciones, cuando mi hijo menor iba ya a la guardería”.

Suele bailar, escuchar música latinoamericana, especialmente a Silvio Rodríguez. Practica ejercicios aeróbicos y yoga para “mantenerme en mi peso”. Además, apoya a su hijo menor en los deberes escolares, lo que absorbe buena parte de su tiempo. “Le dejan demasiada tarea, en ocasiones son las diez de la noche y no termina. Estoy en la etapa de reaprender”. Mientras él toma clases de karate durante dos horas en la Casa de Cultura “Enrique Ramírez y Ramírez”, ella toma un curso sobre pintura de esculturas de yeso “estoy pintando una ‘negrita’ y me gusta mucho. Me entusiasma verla, extraño hacer algo con las manos”.

A unos meses de jubilarse, Beatriz rememora con emoción y nostalgia los casi 30 años que ha formado parte del AGN. Pensar en irse del Archivo le genera una sensación ambivalente. “Siento que mi trabajo, aunque me escuche mal, siempre ha sido excelente pues he puesto en él lo mejor mí. Por eso, considero que las cosas siempre han salido bien. Me apasiona mucho. La restauración es algo realmente interesante y por supuesto, muy bonito. Estar en contacto con la historia es lo que más me gusta. Conocer todo lo que hay en el Archivo, siempre pregunto ¿qué tienen aquí? Eso hace que uno se interese más en su trabajo. Me gusta el contacto con el papel, pero más me gusta ser parte de la historia”.

